

ARYEH BOTWINICK y WILLIAM E. CONNOLLY (eds.), *Democracy and Vision*, Princeton University Press, Princeton, 2001. 299 páginas.

«Estudiar teoría política en 1960 era participar en una empresa que casi todo el mundo pensaba estaba moribunda». Con estas palabras abre William Connolly el primero de los trabajos de este valioso libro que Aryeh Botwinick y él mismo han editado.

Connolly se introduce así en una defensa de esta especialidad de la ciencia política que ha sufrido una crisis muy dura desde la posguerra mundial hasta hace poco. Él, naturalmente, utiliza el argumento para ensalzar el trabajo de su maestro Sheldon S. Wolin a la hora de proteger la teoría política como saber y mantener su entidad. El libro que Connolly encabeza, y que aquí comentamos, incluye trece trabajos de amigos y discípulos de Wolin.

En cuanto al motivo de la obra, es de agradecer la iniciativa. Justo es homenajear a uno de los grandes pensadores que han defendido la necesidad de la teoría política en nuestro tiempo. Wolin ha sido durante cuatro décadas un excepcional maestro y un dotado escritor e inspirador de dos generaciones.

La selección de autores que contribuyen al volumen es de primer orden. Nombres consagrados como Charles Taylor, Fred Dallmayr, Peter Euben, Wendy Brown, Michel J. Shapiro o los propios editores son una garantía. Los trabajos son pequeñas obras bien trabajadas y muy significativas del momento por el que nuestra disciplina está pasando. Un libro ciertamente recomendable. Con todo, cabe hacer algunas observaciones.

La primera es la ausencia de algunos nombres importantes; o, visto desde el ángulo inverso, la excesiva convergencia de los trabajos incluidos, que demuestran identificarse tanto en sus filias como en sus fobias. Por ejemplo, el que ninguno de los autores que contribuyen al libro haga mención a Leo Strauss es significa-

tivo. Probablemente estos autores argüirían que no viene a cuento citar a un señor que se mantuvo lejos de sus planteamientos y sobre cuya obra y conducta mantienen serias dudas. Pero, aun así, no deja de ser una unanimidad negativa sobre una gran figura coetánea que compitió en influencia con Wolin. Las heterogéneas referencias a Hannah Arendt, amiga de Wolin, también nos muestran una fiel radiografía de la cercana y a la vez difusa relación del maestro homenajead con ella. Por último, la ausencia de atención a Eric Voegelin y a su extraordinaria obra no deja de abundar en el mismo sentido. Wolin sí ha mencionado en ocasiones a Voegelin, e incluso recomendaba en sus cursos de doctorado alguna lectura de su *The New Science of Politics*, pero apenas sí aceptó algo más de él. Los autores que aquí contribuyen parecen pensar igual que su maestro y amigo, para atenerse disciplinadamente a ese criterio.

Sorprende también la coherencia —digámoslo así— de casi todos los trabajos en torno a lo que podríamos llamar una orientación concreta de la teoría política mundial. La historia del pensamiento político como conjunto de visiones de la política, la defensa de la democracia, la crítica del deterioro del sistema norteamericano, el *megaestado* al que se refiere Wolin en sus últimas obras, la inclinación reciente hacia los postestructuralistas, especialmente Jacques Derrida y Michel Foucault, la crítica del pluralismo, la *democracia fugitiva*, el antifreudianismo, todo parece aunar una serie de armónicas melodías fugadas que casi nunca son disonantes. Sólo en una ocasión alguien se atreve a desentonar a las claras, y este es el caso de George Kateb, precisamente el sucesor de Wolin en la cátedra de Princeton. Kateb, ahondando en el concepto de *demos* y de *democracia fugitiva* de su

predecesor, parece concluir que, bajo el pensamiento libérrimo y dulcemente democrático de Sheldon Wolin, bajo su radicalidad, se esconde una rabia exacerbada e incurable, casi una fobia anti-institucional, que le acerca más a Sorel que a Tocqueville.

Ya más en la línea de lo que era de esperar, varios trabajos ahondan en la figura de Wolin como crítico de la democracia. Quizá el más innovador sea el de Melissa A. Orlie, «*Political Capitalism and Consumption of Democracy*». Orlie parte del contraste entre los aspectos económicos y distributivos de la democracia y la degradación de los valores políticos que Wolin tan brillantemente ha señalado, pero intenta ir un paso más adelante y se plantea la cuestión de las necesidades humanas y su plasticidad. Con ello se acerca a uno de los puntos más frágiles de la teoría política contemporánea. En este asunto, Wolin siempre da la impresión de acercarse a Foucault para poder ir algo más allá de donde le llevan sus planteamientos americanistas; de ahí la introducción en su vocabulario del concepto de deseo. Orlie sigue la hebra y apunta a la insaciabilidad de los deseos derivados de la condición política (p. 143) y a la cotidianidad de nuestro ejercicio diario del poder. Es decir, roza la incómoda realidad de la omnipotencia humana con la que Wolin no sabe cómo relacionarse. Orlie se dirige a su vez hacia «el activo rol de nuestras imaginaciones» en la provocación del deseo (p. 145), y en definitiva al *dream material* (p. 149) que ella introduce en medio de su comentario y que deja al descubierto la dimensión más limitada del pensamiento de Wolin.

En otros trabajos de este libro también se da el caso opuesto de pensadores un tanto escolásticos, académicos que se limitan a dar vueltas y vueltas a aspectos de la visión y práctica teóricas del maestro, sin aportar más novedad que palabras latinizadas y de composición oscura. Nos

devuelven así a la dialéctica de la experiencia, a lo dialógico, y a esos términos (*poststructural/postmodern conception*) que requieren no ya guiones sino barras para apuntalarlos. Expresiones como a *promise to produce events* (p. 180) o *the fullness of community* (p. 181) o *to freeze the inherent* (ibidem) hacen patente que esta escuela de democracia americanista tiene problemas de crecimiento y adecuación a los nuevos tiempos. Los trabajos de Stephen K. White «*Three Conceptions of the Political: The Real World of Late Modern Democracy*», el de Fred Dallmayr «*Beyond Fugitive Democracy: Some Modern and Postmodern Reflections*» y el de William Connolly, éste último en un tono de desenfado inadecuado y una superficialidad injusta con la ocasión, son prueba de esta tendencia. Las fobias compartidas arriba señaladas y la jerga que a veces asoma en estos escritos son malos síntomas de la evolución de esta escuela del gran demócrata radical que es Sheldon S. Wolin.

Dado este clima intelectual, hay dos curiosidades en este libro que merecen atención. Una es la defensa que alguien se encarga de hacer de la severa y corajuda crítica que Jeffrey C. Isaac hizo en 1995 de la obra de Wolin¹; la otra es la comparación que, un tanto traída por los pelos, hace Aryeh Botwinick en el capítulo 7 entre el pensamiento de Wolin y el de Oakeshott: «*Wolin and Oakeshott: Similarity in Difference*».

Aparte de que el libro reúne a algunos de los más interesantes talentos en el campo de la teoría política actual, lo cual de por sí lo hace valioso, cabe decir que resulta instructivo para el lector latino por las ausencias graves que presenta y las complicidades en que se mueven estos pensadores. Autores coincidentes en la radicalidad democrática y, curiosamente

¹ Jeffrey C. Isaac, «The Strange Silence of Political Theory», *Political Theory* 23, n° 4 (november, 1995), pp. 635-652.

a la vez, regimentados en su devoción por los asuntos del grupo.

Al término de este volumen, se echa en falta que no haya nadie, entre estos discípulos y admiradores reunidos para celebrar a su amigo, que se plantee las raíces pragmatistas del maestro o su acrecentado americanismo. Cuando alguno de ellos menciona las concomitancias de Wolin con Ralph Waldo Emerson o con John Dewey, lo hace de puntillas, y sin pararse a meditar sobre las implicaciones tan negras que esto le aporta. Un poco lo intenta Kateb y algo Brown; pero lo hacen con tanta prudencia, que uno empieza a dudar de la flexibilidad de la escuela. En sus armonías concertantes el grupo resuena a los métodos del congregacionismo calvinista, que tanta paz genera en las instituciones a partir de una férrea disciplina moral, oculta y previa. Resulta paradójico que sea celebrando a Wolin, el más extraordinario crítico de John Rawls, el que ha desvelado en la democracia pluralista la idea calvinista subyacente de lograr «*une église bien ordonnée*», cuando nos encontremos una escuela de tanta rigidez y falta de crítica en algunos puntos.

No obstante, de todo este consenso intelectual debemos excluir o salvar a dos autores.

La primera agradable excepción es Peter Euben, amigo personal de Wolin, Connolly, Strong, Dallmayr, Schaar, Kateb y demás. Euben nos dice, seguramente sin pretenderlo, lo más profundo y original que hoy pueda oírse sobre el drama de esta academia americana tan bien

dotada de medios y tan abocada en su edad de oro a una parcial esterilidad.

Euben ha escrito un trabajo que aparece en el último lugar, pero que revela una madurez de primera fila. Mucho más avanzado que en sus últimos libros, Euben afronta el tema de la globalización con una claridad de ideas muy interesante. Su entendimiento arranca de la Grecia clásica para llegar hasta los planteamientos recientes de Richard Falk (compañero y amigo en Princeton de Wolin), el mencionado Connolly, Saskia Sassen, Roger Sanjek y Vaclav Benda. En un dialogo abierto con Martha Nussbaum y sus resonancias estoicas, Euben aporta unas reflexiones de gran valor.

El otro caso aparte es Michael J. Shapiro. Con un capítulo desplazado también al final del libro como el de Euben, este profundo y veterano autor nos aporta un trabajo de ecos retóricos: «*Time, Disjuncture, and Democratic Citizenship*». Partiendo de Wolin, Shapiro nos introduce en una reflexión sobre la relatividad del tiempo, las implicaciones de las lenguas en este sentido y la construcción pública interna de la democracia que resulta muy sugerente. Nos presenta evocaciones de gran valor como su idea de la *Levantine experience*, que encuentra materializada en la obra de Ronit Matalon, *The One Facing Us*, y que él profundiza y explora con la ayuda del lingüista Mikhael Bakhtin. Un trabajo de gran intuición que abre muchas puertas.

JAIME MACABÍAS